

es el primer puerto comercial del Ecuador y él deposita todo el comercio que llega de Europa y surte la República, así como él exporta á una parte del mundo su famoso cacao, madera, metales, cueros, y los mejores y mas lindos sombreros de Jipi y de Montecristo.

Si se interioriza uno á las calles y plaza del centro, las hallará absolutamente todas ornadas de portalerías; pero con el inconveniente de que tienen apariencia de viejo, las paredes sucias y llenas de telarañas; los muros son de caña cubiertos de barro, tal vez para darles mas ligereza por los temblores y las calles con musgo y yerbas en los empedrados. La plaza es muy extensa y á uno de sus lados se eleva la iglesia principal, sin cúpula, y cuyo interior no ví porque era el medio dia, y en los demás algunos almacenes y librerías.

Como hacia bastante calor, me entré á un café á tomar algun refresco; pedí bizcochos y me los sirvieron, aunque un poco duros, y despues de descansar un momento, salíme á continuar mi excursión.

No menciono jardín ó paseo alguno porque no me extendí mucho en un paseo á causa de que el sol á esa hora enviaba perpendicularmente sus rayos abrasadores. Cuando se hizo un poco tarde, traté de regresar á bordo porque algunos compañeros de viaje anunciaron que esa misma tarde salía el vapor como en efecto lo verifiqué á las tres y media, habiendo permanecido anclado mas de veinticuatro horas.

Regresamos por donde habíamos entrado, que esto nos causó un poco de fastidio porque debían pasar algunas horas para entrar en plena mar, debiendo dirigirnos nuevamente para el Sur, pues en ese instante caminaba nuestro buque para el Norte. Al paso que nos iba alejando de Guayaquil, el panorama de la ciudad era mas bello y se nos presentaba como una gran capital, destacando aquí y ahí todas sus alturas y casas pintadas de blanco.

San Thomas, Puerto Rico, la Guaira y otras ciudades marítimas, á distancia poseen un efecto espléndido en sus pa-

noramas; pero al irse acercando á ellas disminuye notablemente su importancia. Al irme alejando de Guayaquil, seducido por la magia de su aspecto, como que olvidaba la mala impresion que se experimenta al andar por sus calles desaseadas y tristes.

Entramos, finalmente á plena mar y ya sólo se vienen mirando las costas vestidas de una vegetacion ménos galana que la que se veia en las de Colombia; señal clara de que pronto entraremos á las del Perú que, segun tengo noticia, están desnudas enteramente.

Interrumpo la presente porque ya nos llaman á comer; dentro de dos ó tres dias la continuaré.

En el mar, 7 de Abril de 1879.

MARIA APRECIÁBLÉ:

No continué la anterior como te ofrecí, á los tres dias, porque no tenia mucho material, y hoy cuento con alguno.

Anteayer, á las nueve de la mañana, desembarqué en el Callao, puerto principal del Perú. Las casas son de bonita apariencia y la mayor parte de ladrillo ó pintadas de rojo: el jardin que está frente á la estacion del ferrocarril, aunque pequeño, es alegre y bien cultivado; la mayor parte de los edificios son bajos, y la poblacion está situada sobre un plano al nivel del mar.

Como solamente me detuve una hora porque mi deseo era llegar á Lima, tomé mi boleto y monté en el tren, que á poco silbó para dar la señal de la partida. En efecto, partió y comenzamos á tender la mirada por el campo en busca de alegres puntos de vista ó de árboles que la recrearan; pero nada: mirábanse solamente planicies un tanto irregulares con pequeños arbustos y matorrales y hacía el Occidente, para donde caminaba el tren, se elevaban solamente algunas cordilleras cónicas y sin vegetación alguna; esa cadena de montañas son las que circundan á Lima y en alguna de sus gargantas están situados Miraflores y Charillos.

Pero antes de hacerte la descripción de la capital del Perú, debo guardar un poco de orden en mi narración, hablándote algo del aspecto de las costas de esta República, que debí haber mencionado antes del Callao.

Hasta la frontera del Ecuador que eu toca la del Perú, la vegetación es rica, aunque un poco ménos que la de las

costas de Colombia; pero al terminar aquella, comienzan las del país de los Incas á manifestar su completa desnudez; y las elevaciones, las altas montañas y las planicies, son refractarias á todo verdor, y no se miran ni uno solo de aquellos grandes árboles y elegantes pinos ó siquiera matorrales de las alturas de otros países, nada; pero ni aún la mas pequeña yerbecita. Esto imprime un carácter de desolación á toda la costa, que da idea de que la próspera naturaleza ha sido avara en esos lugares para prodigar sus dones ó ha querido manifestar un contraste remarcable para lucir sus galas entre las costas de Colombia, el Ecuador y Chile, dejando en el centro un espacio granítico y arenoso. Sin embargo, á falta de vegetación, las líneas de las montañas son grandiosas y la superficie de algunas que parecían de arena, lisas ó bridas que convidan á echarse á rodar desde la cúspide.

El primer puerto que se toca al entrar, á los límites del Perú, es Paita,

cuya poblacion se confunde con las arenas de la playa y del desierto y está envuelta en su irradiacion de modo que al penetrar á ella se aspira una atmósfera sofocante.

La mayor parte de sus casas son de de aspecto miserable, formadas de ota-te ó caña y cubiertas de barro; al andar por las callecitas estrechas se entierra uno en la arena hasta el tobillo y es grande la fatiga que se experimenta al caminar dos ó tres cuadras. El mismo aspecto tienen Ilo, Pica, y otros puertos exceptuando Pisco, que es un oasis entre aquellos desiertos arenosos. De este lugar salieron muchos fruteros de ambos sexos llevando peras exquisitas, uvas, duraznos y otras al vapor, y los pasajeros compramos con avidez cuanto nos presentaron para saborear el jugo delicioso y fresco, que la aridez de aquellas costas nos lo habia como bajado del cielo.

Continuamos tocando otros puertos estériles, como el de Paita, é increíble se me hacia que esos lugares pudiesen ser

habitados por hombres, porque no se mira en ellos rastro alguno de vegetacion ni terreno á propósito que pueda recibir los beneficios de la agricultura; bien que los vapores que tocan esos puertos, son la Providencia de sus moradores y les llevan todos los recursos para conservar la existencia. Pero ¿y el calor? ¿y esa monotonía agreste de las montañas de que están rodeados, como de altas murallas que reflejan los rayos abrasadores del sol? Al poner la planta en estas poblaciones aisladas y ver su triste aspecto, no se comprende la vida en ellas; no se adivina que puedan albergar seres racionales privados de la comunicacion social de los que viven en las ciudades populosas ó siquiera de los de los campos cultivados, en donde el arte y la naturaleza brillan en competencia para regalar con su aspecto la vista del hombre; pero el caso es que en estas soledades hay seres sensibles que están organizados para alentar en estas zonas de muerte y desolacion.

Finalmente, tocamos en la noche Fanelones de Huaura, y a la mañana siguiente llegamos al Callao.

Cuando el tren llegó frente a la ciudad de Lima, se vieron a su espalda las cordilleras de cerros como de cubiletes uno detrás de otro y al costado Sur de la población, un torrente ó rio sobre el que se mira un gran puente de muchos arcos que comunica la población por esa parte con el resto, siempre al Sur.

El aspecto de todo este panorama es muy alegre por la forma de los cerros al fondo, por el puente sobre una elevación, que arroja algunos bueyes de agua formando pequeñas cascadas y corriendo en seguida por desigualdades peñascosas ó calizas sembradas de gujarros y algunos arbustos y al extremo opuesto ó ribera Sur de donde camina el tren, caseríos, huertas y árboles que amenizan y comunican una gran variedad al conjunto.

A poco, y casi frente del costado Norte del puente, paró el tren; nos apeamos los pasajeros y comenzamos á ascender

por una escalinata prolongada y sembrada de flores que nos puso en el interior de las oficinas de la estación del ferrocarril y en seguida salimos á la parte exterior que nos constituyó definitivamente en una de las calles populosas de la ciudad.

Pululaba una multitud de gente de una parte á otra; transitaban carruajes para todos lados; las campanas de todas las iglesias sonaban con precipitación y se notaba un movimiento, que yo no habia visto en otras ciudades: era que en el momento que entraba yo á Lima, que serian las nueve y media de la mañana, se hacia una manifestacion patriótica por la declaracion de guerra entre Chile y el Perú. Seguí caminando con un mozo que llevaba mi saco de noche y me iba á instalar al hotel. ¡Increible me parece! pero en la ciudad de Lima hay pocos hoteles buenos. Llegamos á uno que tenia buena apariencia exterior, y nos encontramos con unos cuartejos despreciables y sin comedor. Fuimos á otro y aunque los cuar-

tos eran regulares, estaban comunicados por cancelos y tampoco habia comedor; así vimos cuatro ó seis hoteles, con las mismas incomodidades ú otras parecidas y al fin llegamos á uno regular el "del comercio," que tenia el comedor en el patío, siempre lleno de parroquianos de día y de noche, cuya algarabía llegaba hasta las alcobas de los pasajeros que reposaban.

Después que hube almorzado, salí á recorrer la ciudad, y quedé algo desencantado de su aspecto, porque buscaba yo esas magníficas construcciones arquitectónicas que dejaron los españoles en la capital de México y en algunas de las de los Estados y no las encontraba; en lugar de aquellas veía que la catedral y los demás templos eran chaparrones, de arquitectura anticuada y poco elegante, los portales también muy bajos y tiendas diminutas; la plaza, eso sí, extensa y hermosa, aunque poco ornamentada: las calles tiradas á cordel y poco anchas; la generalidad de las casas de dos pisos y no de mas, por los tem-

blores, según dicen los peruanos; con el inconveniente de que su material en el segundo piso es de caña ú otate cubierto de barro para dar seguramente mas ligereza á las paredes. No he conocido ningun interior porque no he permanecido mas que unas pocas horas y por no tener tampoco ninguna relacion; pero creo que debe ser suntuoso el de la mayor parte, al ménos el de las casas de los potentados, que en los peruanos es proverbial el lujo y la opulencia. Lo que principalmente afea las casas de Lima, es una especie de crugia ó cajon de madera, que tienen sobre la cornisa del primer piso, con vidrieras ó ventanas, y ésto da un aspecto de convento que entristece las calles de la ciudad y las cejas ó parte inferior de esos cajones, oscurecen el primer piso de las fachadas.

Andube muchas calles y todas eran semejantes y no muy limpias; en algunas encontré procesiones patrióticas y oradores que, subidos sobre mesas ó taburetes, pronunciaban discursos ca-

luceros excitando á los peruanos á la guerra contra Chile. El repique continuaba; las músicas hacian escuchar sus armonías por muchas calles, y una vez que iba yo por una de las del centro, ví á lo léjos que venia una muchedumbre de gente con el sombrero en la mano y dando gritos desaforados; traia una cosa cargando, que por la distancia no adiviné lo que podría ser; á mí me pareció que sería algun Santo Entierro ú otro santo. Cuando se aproximó la turba como á media cuadra de donde estaba yo en pié con algunos compañeros del vapor, gritaron algunos hombres del pueblo encarándose á nosotros:

—¡Abajo sombreros, grandísimos C..... Abajo esos sombreros!

Y nosotros, muy humildes por temor de una pedrada ú otra agresion, nos descubrimos con la mayor prontitud.

¿Qué piensas, María, que era el santo ú objeto que la gente traia á cuestras y vimos cuando se acercaba? Pues era nada ménos que la bandera peruana; pero que en lugar de llevarla perpendi-

cular, tremolándola, la conducian de las puntas, como si fuera una cortina ó una alfombra; ¡cosa singular!

En la tarde tomé el tramway para recorrer mas número de calles, supuesto que iba á ser tan corta mi residencia en Lima, por tener que salir ayer á las cinco; en efecto, ví plazas y calles y algunos templos, y todo siempre como lo ya descrito: despues me dirigí al paseo de la Exposicion y éste sí ya lo encontré digno de la opulencia peruana. Este sitio encantador queda al Sur de la ciudad y á la parte Este corre una balaustrada extensa con unas grandes puertas en el centro, por las que penetra el público al interior; este es un extenso parque ó jardin decorado con plantas y flores exquisitas; arbustos de todas clases, árboles gigantescos, fuentes monumentales, estatuas, asientos de fierro, kioskos y casitas fantásticas, estanques, y en el centro de todo este bello conjunto, un edificio suntuoso que sirve para las exposiciones.

Tenia yo noticia de varios cuadros

de pintura que habia en el mencionado y tenia interés en verlos, especialmente uno muy celebrado que representa la "Muerte de Atahualpa," ejecutado por el artista peruano Montero; pero desgraciadamente el conserje ó administrador de la Exposicion andaba paseando y, por mas que esperé, no llegó y tuve el disgusto de no penetrar á la galería.

Si los apuntes que voy terminando no son mas minuciosos y extensos, así como poco determinados, es porque en la ciudad permanecí solamente dos días incompletos, y de este modo no puedo sino transmitir una descripción en globo.

Se me pasaba decirte que en el vapor que voy, van á bordo multitud de chilenos que salen para su país, á consecuencia de la guerra que ha estallado; mientras estuvieron en la bahía no hablaban una palabra, tal vez porque los buques de guerra peruanos estaban inmediatos; pero cuando zarpó y se alejó un poco nuestro vapor, entónces lanzaron vivas á Chile y mueras al Perú,

manifestacion que me hizo temer que los buques peruanos nos enviaran alguna bomba por vía de adios; pero por fortuna, ó no oyeron claramente, ó se hicieron disimulados.

La noche se pasó muy bien y hoy temprano me propuse escribirte estos renglones, que termino porque no tengo ya qué decirte y voy á almorzar.

Adios, María.